

REQUIEM CON CHOCOLATE CALIENTE UNA MAÑANA DE ABRIL

Dicen que has muerto, Maestro. En tu honor, bebo esta mañana de abril un chocolate caliente como lo hiciera el padre Nicanor Reyna, pero por razones que pertenecen a este mundo, no levito como él. Te conocí muy temprano, era una adolescente que se decidía entre la arqueología y la literatura, pero ganó esta última. Desde entonces he leído cada una de tus obras al tiempo que se publicaban y Macondo se hizo poco a poco una geografía en mi piel. Muchos años después, frente a mis alumnos de la Escuela Secundaria de la UPR, la maestra en que me convertiría recordó la mañana en que comenzó a disfrutar de otra manera tu novela *Cien años de soledad* en aquel aislado salón de clases. Era 1994 y mi mundo magisterial era tan reciente que para analizar esta obra apenas contaba con juicios y palabras. Hoy, abril de 2014 el tiempo parece que da vueltas en redondo y como lo sentenció Úrsula, los Buendía se repetían en sus rasgos, pero todo lo demás se repite también. Un gitano corpulento, con sombrero de ala ancha y manos de gorrión entró a mi aula como solía entrar siempre, solo que esta vez me aseguró que habías muerto de fiebre en los médanos del Sur, y no le creí. Insistió al decirme que habías vencido antes la Muerte, el cáncer linfático, pero que no pudiste vencer la enfermedad del olvido. Hombre memorioso como lo fue también mi padre, cuenteros ambos, se han marchado desmemoriados de este mundo el mismo año, y me han dejado el cuarto repleto de mariposas amarillas. Enciendo la radio y anuncian que anoche el cielo lo cruzaron una fila de luminosos discos anaranjados y que Cataure regresó a Macondo para estar presente en el sepelio del rey.

Mi padre me enseñó a amar los cuentos orales que sabía hacer con gracia y no me cansaba de escucharlos, tal y como te pasó con tu padre don Eligio, cuentero natural. En cambio tú, Gabo, fuiste el padre de mi pasión por la literatura, el modelo que guio mis primeros pasos de la escritura y al que imité en aquel cuento que obtuvo un reconocimiento universitario porque narraba cómo el tiempo estaba detenido titulado "Aquel mediodía" y en el que dos jóvenes, frente al pelotón de fusilamiento, fueron asesinados en el Cerro Maravilla. Sorbo el chocolate entibado, lo tomo en tu nombre y en el de papi. Los pierdo a ambos el mismo año y los extraño porque han dejado un vacío de palabras en mi mundo. Con papi perdí sus cuentos de la guerra en Corea, las insólitas historias que algún día escribiré, las memorias de un sargento que presenció como un tanque que avanzaba en una colina con él y otros soldados que le seguían, se detuvo de pronto, abrió la compuerta y se escuchó a todo volumen, en pleno paralelo 38, la estremecedora danza de Juan Morel Campos, volcando en lágrimas a los boricuas que rememoraron en ese instante eterno la patria, sin saber si

volverían a ella un día. Ahora tú, Gabo, te llevas la rosa amarilla que acompañó cada palabra en tu escritorio, te vas con el Patriarca, con el Coronel Aureliano y Melquíades a buscar nuevos espacios de sabiduría. Por favor, funden nuevos Macondos, renieguen la guerra que solo degenera en una absurda lucha por el poder mismo y escriban de nuevo la historia de América sin esos hijos con cola de cerdo procreados con amor que llevan a un apocalipsis seguro. Esta tribu merece una segunda oportunidad sobre la tierra.

Era adolescente cuando leí *La mala hora* para un curso de español, luego leí *La hojarasca*, *Cien años de soledad*, en fin, todas tus novelas. Una a una las devoré ansiosa, también tus cuentos, los reportajes, las crónicas de cachacos, la obra periodística, la crítica a tu obra...todo me interesaba como si mi nombre estuviera dentro del árbol genealógico de los Buendía. Tengo la *Historia de un deicidio* de ese otro gran escritor Mario Vargas Llosa que fue tu amigo una vez, y que con tan pocas pero significativas palabras se despidió de Gabo el escritor... *El olor de la guayaba* de Plinio Apuleyo Mendoza revelo en esa entrevista valioso material para entenderte a ti y a tus personajes...Pero la llegada de *El amor en los tiempos del cólera*, marcó para esta humilde lectora, al escritor maduro que comenzaba a narrar y describir lo que era incapaz ningún escritor joven, por excelente que fuera...el amor, el cuerpo y el erotismo en la vejez. Otras memorias llegaron a mis manos... *Memorias de mis putas tristes*, los guiones publicados de la escuela San Antonio de los Baños en Cuba, esa que fundaste por la pasión que te estremecía por el cine, que es otra forma de literatura. Todas, en fin, leídas con placer como sorbo este chocolate mañanero, muerta de la risa con tus ocurrencias irreverentes, admirada con el giro poético que naufragaba en una insólita y sorpresiva frase lapidaria, pueblerina, coloquial y contundente como la vida misma. Como tú, hoy tengo una relación intensa con el cine no comercial, provocativo, simple y simbólico que ahonda en las contradicciones humanas, en las aristas de la realidad impredecible, en la ironía del destino y en los silencios que todo lo cuentan.

Descubrí otros escritores que dejaron huella en mi amor por la literatura y el arte de narrar, pero siempre caminé a tu lado como el niño que acompañaba a su abuelo a conocer el hielo, imagen real que evocaste al escribir tu gran novela. Así nace la literatura, de los momentos más significativos de la vida y que luego la magia de las palabras los convierte en arte que trasciende. El arte no se hace solo de *qués* sino de *cómos*...porque los temas son recurrentes, pero *el cómo* se narra atrapando al lector en la red de la historia, el cómo se matiza, se ordena y se descompone en piezas esa anécdota

para crear un engranaje mayor y más complejo como la vida misma, ese es el más auténtico ejercicio del acto artístico humano.

Muchos años antes, era el verano de 1985, te conocí en La Habana. Fue un encuentro breve, casual y macondino. Salías del Hotel Habana Libre junto a Mercedes, la linda mujer de los ojos tristes. Abdiel Santiago, amigo y cantante, te identificó a la distancia y yo te grité a boca de jarro... "Gabo", como si te conociera de toda la vida, como si fuera tu amiga personal para tutearte. A la verdad que la juventud es atrevida. Te detuviste y nos preguntaste de dónde éramos... "De Macondo", te respondimos, "de Puerto Rico que es lo mismo", y "un así me han contado" fue tu respuesta. Me preguntaste a qué me dedicaba y te dije que era maestra de Español. Me retaste a hacerme preguntas de literatura a ver si era buena maestra, y yo, ignorante y joven, te dije que las hicieras, asumiendo una puesta que seguro perdería... no me preguntaste nada, te echaste a reír. Abdiel te pidió que te tomaras una foto con nosotros y accediste muy complaciente. Luego, seguiste tu camino Habana abajo, y nosotros partimos rumbo a Checoslovaquia y la URSS al Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. Allí conocimos a Horacio Guaraní, a Pablo Milanés, Silvio Rodríguez y artistas de todo el Caribe y América. Inauguro aquel festival un gobernante reciente de la URSS llamado Gorbachov que narró lo que sería la Perestroika, y guardo copia de este discurso en ruso. En un despliegue de color y alegría, que desplegaron en la Olimpiada bloqueada por EEUU, encendieron el fuego olímpico. Fue la hija de Gagarin, cosmonauta ruso que pisó la Luna antes de que los gringos, dicen. Fue mi primera y única experiencia de encuentro mundial...cuantas voces, olores distintos, vestidos, costumbres, rostros, colores, música y juventud, toda la juventud colmada de esperanza...

Cuando regresamos al Macondo colonial, soñaba tener reveladas las fotos tomadas con la cámara de Abdiel, especialmente la que aparecíamos contigo...única evidencia de nuestro encuentro...Pero, la historia de la foto es increíble. No la tenemos porque el amigo guardó una medicina en su estuche de la cámara, se derramó su contenido dulzón y las hormigas se comieron el rollo de película...Mis estudiantes se maravillan con esta historia cada año, pero muchos creen que es otra de mis ocurrencias de cuentera...no obstante, así sucedió. Menos mal que existe Abdiel para confirmar los hechos. Esa es la foto imaginada más maravillosa que recuerdo, y si es verdad que no sobrevivió la plaga de hormigas dulceras, nos dejó el alma llena de nostalgia...solo ellas nos sobrevivirán. Mientras tanto, lavo la taza de chocolate y la preparo para la próxima mañana. Bajo un árbol de

castaño te recordaré, Maestro. Bajo un árbol de ilán-ilán te recordaré siempre, Papi. Sus palabras, siempre me harán reír, que es mucho mejor que levitar.

Profa. Maria Gisela Rosado Almedina

Escuela Secundaria UPR

Facultad de Educación

Universidad de Puerto Rico